

## TEXTO: ANTROPOLOGÍA EN SÓCRATES, PLATÓN Y ARISTÓTELES.

Cuando nos preguntamos qué es el ser humano, no estamos planteando únicamente una cuestión biológica, sino una pregunta profundamente filosófica: ¿qué nos hace distintos?, ¿por qué no vivimos simplemente por instinto?, ¿cómo surgieron nuestra ética y nuestra organización política? Para responder a estas preguntas, es necesario articular la reflexión sobre la evolución humana con el pensamiento de tres grandes filósofos griegos: Aristóteles, Sócrates y Platón.

Si observamos el proceso evolutivo del ser humano —por ejemplo, en la conquista del fuego— notamos que no se trató solo de un avance técnico. Dominar el fuego implicó cooperación, organización, distribución de tareas y, sobre todo, comunicación. Alrededor del fuego no solo se cocinaban alimentos: se compartían experiencias, se transmitían saberes y comenzaban a formarse normas básicas de convivencia. Es decir, la evolución biológica fue acompañada por una evolución cultural, ética y política. Aquí resulta fundamental la propuesta de Aristóteles, quien definió al ser humano como *animal racional* y *animal político*. Estas dos dimensiones no están separadas: precisamente porque el ser humano posee razón, puede vivir en comunidad de manera organizada. Aristóteles utilizó el término *logos*, que significa tanto razón como palabra. Esto indica que nuestra racionalidad se manifiesta a través del lenguaje. No solo pensamos, sino que podemos expresar lo que pensamos, deliberar sobre lo justo y lo injusto y construir acuerdos comunes.

La evolución humana, entonces, no consiste únicamente en desarrollar herramientas, sino en perfeccionar nuestra capacidad de dialogar y organizarnos. A diferencia de otros animales que se agrupan por instinto, el ser humano construye comunidades basadas en normas, leyes y proyectos compartidos. Para Aristóteles, la ciudad (la *polis*) es el espacio natural donde la persona alcanza su realización plena. Así, la dimensión política no es un invento artificial, sino una consecuencia de nuestra propia naturaleza racional y lingüística. Sin embargo, la razón y el lenguaje no garantizan automáticamente un comportamiento ético. Aquí entra en juego el pensamiento de Sócrates, quien llevó la reflexión sobre el ser humano al terreno de la conciencia moral. Mientras la evolución histórica permitió que el ser humano desarrollara técnicas y estructuras sociales, Sócrates mostró que el verdadero progreso debía darse en el interior de cada persona.

Para él, el ser humano es un ser que necesita examinar su vida. A través del diálogo —la mayéutica— buscaba que las personas reconocieran su ignorancia y se esforzaran por alcanzar el conocimiento del bien. Según Sócrates, nadie actúa mal voluntariamente; el error moral nace de la ignorancia. Esto significa que la evolución ética depende de la educación y del uso correcto del lenguaje. Dialogar no es simplemente intercambiar palabras, sino buscar la verdad y mejorar el alma.

De este modo, lo que comenzó en la prehistoria como cooperación para sobrevivir, en la filosofía socrática se transforma en cooperación para vivir bien. La comunidad ya no se organiza solo para protegerse, sino para formar ciudadanos virtuosos.

Platón, discípulo de Sócrates, profundizó esta relación entre ética y política. Si el ser humano ha evolucionado hasta construir ciudades y sistemas de gobierno, la pregunta ya no es solo cómo convivir, sino cómo hacerlo de manera justa. Platón explica que el alma humana tiene tres dimensiones —racional, irascible y apetitiva— y que la justicia consiste en que la razón gobierne sobre los deseos.

Esta estructura interna del individuo se refleja en la estructura de la ciudad. Una sociedad justa será aquella en la que gobiernen quienes poseen sabiduría y virtud. Así, la evolución política del ser humano no se mide únicamente por la complejidad de sus instituciones, sino por el grado de justicia que logra alcanzar. Sin formación ética, la política se convierte en lucha por el poder; con formación ética, se orienta hacia el bien común.

En este punto podemos ver la cohesión entre los tres pensadores y el proceso evolutivo humano. La conquista del fuego simboliza el inicio de una transformación cultural; Aristóteles explica que esa transformación es posible gracias al *logos*; Sócrates muestra que el lenguaje debe utilizarse para buscar la verdad y formar el carácter; y Platón enseña que esa formación interior es la base de una sociedad justa.

La evolución humana, por tanto, no es solo biológica ni técnica: es profundamente ética y política. A medida que las comunidades crecieron, surgieron leyes, pactos e instituciones. Pero estas solo pueden sostenerse si existe diálogo, educación y reflexión moral. El lenguaje permitió la transmisión de conocimientos, la creación de normas y la construcción de memoria histórica. Sin palabra no habría cultura; sin cultura no habría filosofía. En consecuencia, cuando afirmamos que el ser humano es racional y político, estamos reconociendo que su verdadera evolución se da en la capacidad de pensar, dialogar y organizarse en función del bien común. La ética surge cuando la razón orienta nuestras acciones; la política surge cuando esa razón se comparte y se convierte en proyecto colectivo.

En conclusión, la pregunta por el ser humano nos conduce a comprender que nuestra historia es la historia de un desarrollo integral: biológico, cultural, ético y político. Desde Aristóteles entendemos que somos sociales por naturaleza; desde Sócrates aprendemos que el progreso auténtico es el del alma que busca la verdad; y desde Platón comprendemos que la justicia individual y la justicia social están profundamente unidas. La evolución humana alcanza su sentido más pleno cuando la razón y el lenguaje se ponen al servicio de la convivencia justa. Cada vez que dialogamos, deliberamos y actuamos con responsabilidad, continuamos ese proceso evolutivo que nos ha convertido no solo en sobrevivientes, sino en seres capaces de construir comunidad y buscar el bien común.

Comprender la evolución del ser humano a la luz del pensamiento de Aristóteles, Sócrates y Platón no es un ejercicio meramente académico. Es, en realidad, una forma de tomar conciencia de quiénes somos y de qué tipo de personas queremos llegar a ser. Si la humanidad ha evolucionado desde la simple supervivencia hasta la construcción de sociedades complejas, es porque ha desarrollado razón, lenguaje, normas y proyectos comunes. Conocer este proceso nos permite entender que nosotros también somos parte de esa evolución.

Cuando Aristóteles afirma que somos seres racionales y políticos, nos está recordando que estamos llamados a pensar antes de actuar y a vivir en comunidad con responsabilidad. En la vida profesional, esto significa aprender a tomar decisiones éticas, trabajar en equipo, dialogar con respeto y buscar el bien común más allá del beneficio individual. Ninguna profesión puede ejercerse correctamente sin criterios morales claros y sin la capacidad de comunicarse de manera adecuada. El lenguaje —que fue clave en la evolución humana— sigue siendo hoy la herramienta principal para liderar, negociar, enseñar, investigar o emprender.

Desde la perspectiva de Sócrates, el conocimiento más importante no es el técnico, sino el que nos ayuda a conocernos a nosotros mismos. En un mundo que exige resultados rápidos y competitividad constante, la capacidad de reflexionar sobre nuestras acciones, reconocer errores y aprender de ellos se convierte en una fortaleza personal y profesional. La autocrítica, el diálogo y la búsqueda de la verdad permiten formar un carácter sólido, capaz de enfrentar dilemas éticos y tomar decisiones responsables.

Platón, por su parte, nos enseña que no puede haber una sociedad justa sin personas justas. Esto tiene una aplicación directa en la vida cotidiana: nuestras decisiones influyen en la calidad de la comunidad en la que vivimos. La justicia no empieza en las grandes instituciones, sino en la coherencia personal. En el ámbito profesional, actuar con honestidad, equilibrio y sentido de responsabilidad contribuye a construir entornos laborales más humanos y confiables.

Estudiar estos temas, entonces, no solo amplía el conocimiento histórico o filosófico, sino que fortalece habilidades fundamentales para la vida: el pensamiento crítico, la argumentación, la empatía, la toma de decisiones éticas y la participación responsable en la sociedad. Nos ayuda a comprender que el verdadero progreso no consiste únicamente en avances tecnológicos, sino en el desarrollo moral y político de las personas.

En definitiva, conocer estas reflexiones filosóficas les permite reconocerse como protagonistas de su propia formación. Así como la humanidad evolucionó gracias a la razón y al diálogo, cada uno puede evolucionar personalmente al cultivar su capacidad de pensar, comunicarse y actuar con justicia. La filosofía no es un conocimiento lejano o abstracto; es una herramienta para vivir mejor, para ejercer cualquier profesión con integridad y para construir una sociedad más consciente y humana.